

4.

La crisis del 90: ¿crisis de progreso o eco de una crisis generalizada?

Argentina, bajo el lema de “Paz y Administración” del presidente Roca, llega a ser un lugar sumamente atractivo para la radicación de capitales, luego de haberse aquietado las luchas intestinas, logrando la incorporación de vastas tierras aptas para la producción y sancionado la capitalización de Buenos Aires. Comienzan a llegar para ferrocarriles, moneda y bancos, la construcción de La Plata y su puerto; y más que se cuadruplican cuando Miguel Juárez Celman, liberal a ultranza, entusiasta partidario del progreso técnico y científico, defensor de la explotación privada de los servicios públicos, ejerce su dominio político sobre la ciudad puerto, que cada día se enriquece más con nuevas avenidas, palacios, parques, teatros, hipódromos, frontones y señoriales residencias particulares.

La ley de 881 había colocado al país bajo el patrón oro y pensaba lograr el fin de la anarquía monetaria; pero ya en 1884, la conversión instaurada en 883 hubo de abandonarse, estableciéndose el curso legal de los billetes en enero de 1885, cuando el balance de pagos había mostrado su primer déficit, producido por la disminución del rubro inversiones, con crecimiento de las importaciones y el servicio de la deuda. Esta suspensión y la crisis consiguiente, que pudo remontarse fácilmente al seguir el flujo de capitales, debía haber servido a un estadista más suspicaz como un toque de atención ante el problema de un endeudamiento sin freno. Pero no así Juárez, que facilita la llegada de inmigrantes y capitales para puertos, bancos y ferrocarriles, compañías de colonización y agropecuarias, cédulas hipotecarias, compañías de seguros, empresas industriales y otras empresas productivas además de dedicarse a enjugar los déficit presupuestarios, los de la balanza comercial, los dividendos de las empresas y el servicio de una deuda externa cuya mayor parte reconocía un interés fijo en el oro. Al aumentarse las emisiones -el empréstito forzoso predilecto de nuestros gobernantes desde 1826- se elevarían los precios internos y la especulación bolsística e inmobiliaria. Ese auge inducido por la abundancia de capitales en Londres especialmente, se va a cortar cuando en 1890 se produce la crisis europea, cesa el flujo de inversiones, se interrumpen los planes de desarrollo y las importaciones, con las quiebras industriales y comerciales consiguientes, la desocupación, los malestares sociales y políticos, la desvalorización monetaria y la incapacidad del país para cumplir sus obligaciones internacionales, debiendo refinanciar el pago de la deuda externa.

Nuestros saldos exportables irían en constante aumento, aun cuando su monto se vería reducido por una baja pronunciada para los productos agrícolas a partir de 1890, pero ellos no alcanzarían a compensar la carga de la deuda, pese a la disminución notoria de las importaciones, muchas de las cuales no podían ser sustituidas, al no existir en el país industrias en abundancia, ni utilizarse minerales ni combustibles propios. Un país como el nuestro, productos y exportador de materias primas cuyos precios eran fijados en el exterior, con una expansión cuyos planes no se habían implementado para evitar desajustes, sin medios para la sustitución de importaciones, sin un control efectivo de la moneda, cuya depreciación habría de favorecer a quienes detentaban el poder político y con un desquiciado sistema bancario, era lógico que se hallara a merced del vendaval cíclico. Convengamos que si se hubiera procurado evitar los abusos de los bancos, la corrupción de los funcionarios, las maniobras dolosas con la tierra pública, las onerosas garantías de los ferrocarriles, la construcción de obras públicas innecesarias; evitando el crecimiento desmedido de los valores inmobiliarios y las operaciones ficticias con la Bolsa, si se hubiera endeudado el país hasta donde la expansión de sus recursos de exportaciones lo permitiera; la crisis no hubiera sido tan severa, pero igual se hubieran detenido los planes en marcha, si, de pronto, su motor, la inversión, se hubiera cortado. Cuando ellas se reanudan y los planes de expansión se completan, habrían de determinar sin duda el notable progreso argentino de fin de siglo y años subsiguientes.

Queremos hacer hincapié sólo en este aspecto, -uno de los muchos y muy complejos de esta crisis- a cuya investigación en sus aspectos económico-financieros y bancarios dedicamos diez años de labor. Debemos también señalar que Argentina, situada en la periferia de las grandes potencias, habría de sufrir de modo más agudo el impacto de las fluctuaciones económicas internacionales, al no tener -como dijera el Dr. Presbisch- estabilidad en sus factores ni modo de evitar el choque. Mientras los países prestamistas, en la fase de descenso económico, eluden hacer préstamos al extranjero -aliviando su balanza de pagos- para colocarlos en el país y aún pueden con el alza de la tasa de interés, lograr el reflujo de los fondos del exterior, los países prestatarios habrán de sufrir todo el peso de la depresión. La observación de los ciclos británicos, en los que se pasa de un "boom" en 1889 a una crisis con grave depresión, a partir de 1890, nos muestra la similitud con nuestro propio movimiento ondulatorio. Y esta influencia de Londres, centro del manejo del crédito y las finanzas mundiales se nota en el hecho de que diez países presentan receso en 1890-91.

Es sin embargo nuestra tesis, que estos aspectos son parte de una crisis mayor que se extendió al plano político, social, religioso, moral; cambios tumultuosos y honda efervescencia de una época durante la cual se quiso construir una nación moderna, apartándose de las formas tradicionales, con adhesión a una filosofía positivista, un materialismo cientificista, un liberalismo en lo educacional y religioso, y a nuevas ideas sociales que convulsionarían la política, la sociedad, la escuela, el culto al trabajo y aun la vida cotidiana y la implementación del ocio. Pasadas las angustias de la liquidación, el país quedaría con su gran potencial de riquezas en vías de expansión y mercados ansiosos de absorberlos y colocarles a su vez sus excedentes, con su pueblo vuelto al trabajo fecundo, ansioso por conquistar sus derechos políticos, confiado en el gran futuro de la Argentina, ese futuro que aún hoy estamos esperando, pero, sin la carga de escepticismo que las posteriores frustraciones del destino nacional han dado al hombre de hoy.